

a la belleza del mundo, a la delicia de los amaneceres y al milagro de la luz que da volúmenes y contornos a los seres y a las cosas. Con el despertar el poeta penetra no sólo en todo ese mundo de calidades purísimas y esenciales; penetra también en el fluir del tiempo, recobra la sensación de su íntimo latido y del de la vida que presiona sobre él. Por eso, el motivo del despertar en *Cántico* enlaza en cierto modo con su tratamiento en la *Recherche* de Proust.

Para el escritor francés, un despertar es una inmersión en el misterio del tiempo. Proust se complace en la captación de todos los inciertos matices que su aguzada sensibilidad le permite percibir —y reconstruir— en el tránsito del sueño a la vigilia. Guillén, excepto en *Luz diferida*, apenas gusta de la transición, y profiere saltar bruscamente desde el sueño a la maravilla de la luz que le permite recobrar el mundo y, por tanto, recobrar asimismo su propio ser, el asombro de su existir. Frente a los opacos sonidos, las titubeantes luces, las espesas y pesadas aguas de los despertares proustianos —lentos, submarinos casi en su densidad irreal de acuario—, destaca la rotunda luminosidad de los despertares de Guillén.

Y, sin embargo, tras ellos está la angustia del tiempo. El deseo de perdurabilidad, de incorruptibilidad, de detenerlo todo —gestos, luces, amor, paisaje— en un puro y duradero presente —recuérdese el movimiento congelado, el presente inmutable de la Estatua Ecuestre— es el más profundo tema de la lírica guilleniana, el que confiere a *Cántico* una cierta e indisimulable tonalidad patética, que no menoscaba su vibración jubilosa. Pues esa vibración jubilosa está levantada no sobre el escamoteamiento de la inquietud, el dolor y la muerte, sino sobre su presencia, trascendido todo por la esperanza y por el amor.

